





# PLURAL

*Considerando que la Asociación Latinoamericana de Antropología (ALA) ha sido un espacio para la reflexión teórica sobre el quehacer antropológico en la región, procurando describirlo, caracterizarlo y debatirlo, son los temas principales de la revista Plural las investigaciones antropológicas en América Latina y el Caribe, su repercusión en nuestros países, las distintas corrientes y el debate epistemológico surgido en el seno de la disciplina, con un sur claro: el estudio del ser humano latinoamericano y caribeño en su complejidad, bajo una mirada pluri, inter y transdisciplinaria.*



LA MAESTRA NOS HABLA DE LA IMPRONTA  
Y LOS CAMBIOS DE LA DISCIPLINA EN LA REGIÓN

## Entrevista a Myriam Jimeno: «La política de la etnicidad fue una especificidad de nuestra práctica antropológica» en América Latina

*«Esos movimientos de política de la indianidad, de la identidad y la reafirmación de las diferencias culturales, le aportaron al país en cambiar el esquema mental de referencia, que era abiertamente racista, católico y castellanizante». En Colombia se vive «una ansiedad permanente con hacer una práctica que impacte la injusticia social y la desigualdad social». La ALA puede contribuir en «consolidar [...] una ética común a nosotros los antropólogos para no dejar avanzar esa ola nueva que amenaza con echar al traste derechos que creíamos que ya estaban seguros».*

TEXTO Y FOTOGRAFÍAS: ANNEL MEJÍAS GUIZA  
DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIÓN, FACULTAD DE ODONTOLOGÍA,  
UNIVERSIDAD DE LOS ANDES  
RED DE ANTROPOLOGÍAS DEL SUR  
MÉRIDA, VENEZUELA



Al conversar con Myriam Jimeno, profesora emérita de la Universidad Nacional de Colombia, nos contagiamos de la pasión de una maestra que ha practicado y enseñado antropología a lo largo de cincuenta años en el país neogranadino. Es una mujer que, al hablar, refleja la lucidez del sur ético-político de la práctica antropológica latinoamericana.

Egresada como antropóloga en el año 1971, Jimeno ingresó como docente en el Departamento de Antropología de la Nacional de Colombia en 1973, espacio donde, además de formar a las nuevas

generaciones, acompañó los movimientos indígenas, convirtiendo las relaciones interétnicas y las políticas indigenista en uno de sus campos de investigación. Realizó su doctorado en antropología en la Universidad de Brasilia. Además, ejerció en dos oportunidades la dirección del Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH) durante los períodos 1988-1990 y 1992-1993, ente creado hace más de ochenta años.

Desde hace casi tres décadas se ha dedicado al tema de la cultura, conflicto social y violencia en Colombia, línea que ha desarrollado con el Grupo de Investigación Conflicto Social y Violencia, adscrito al Centro de Estudios Sociales de la Nacional de Colombia. La producción escrita con este grupo y su valiosa trayectoria la hicieron merecedora del Premio Nacional de Investigación en Ciencias Sociales y Humanas *Alejandro Ángel Escobar* en el año 1995.

En el marco del XVII Congreso Nacional de Antropología de Colombia, en junio del año 2019, Jimeno apartó un espacio de su apretada agenda para atendernos durante una hora en uno de los cafetines de la Universidad Icesi, en Cali, donde se hacía el evento y donde, bajo la sombra de un hermoso, imponente y longevo árbol, pudimos conversar sobre la disciplina en la región y esas características que nos han permitido juntarnos en esa fogata de identidad: qué significa ser antropólogas y antropólogos latinoamericanos y caribeños.

—¿Cómo era la antropología en la época en la que usted estudió?

—Lo primero que habría que decir es que no nos conocíamos casi nada entre nosotros, los latinoamericanos, y nos comunicábamos menos todavía. Nuestro punto de referencia único eran las antropologías metropolitanas. Estudié entre 1966 y 1970 el pregrado. Cuando fui estudiante estaba en boga en Estados Unidos la antropología culturalista, leíamos algo de antropología británica, muy poco de la francesa, y no sabíamos qué se producía en América Latina ni en Colombia. En Colombia la profesión era nueva, pero poco leíamos a la generación que nos formó (la primera). Por entonces era una antropología de un puñado de personas quienes

eran, literalmente, los fundadores de las cuatro primeras escuelas. Además, era una conversación unilateral de nosotros leyendo el norte, también era un puñado de personas dentro de las universidades y las ciencias sociales.

Un último rasgo que anoto: en el caso de Colombia, como en muchos de América Latina, no se seguía una sola corriente o escuela. El culturalismo era lo dominante a finales de los sesenta del siglo XX, pero al mismo tiempo nuestra postura nos llevaba a mezclar corrientes, no importaba acudir a la vez a autores del funcionalismo y del estructuralismo.

—*¿Cuándo se diversifican esas otras lecturas y asimilaciones de diferentes escuelas y corrientes en el mundo?*

—El primer gran cambio que yo identifiqué ocurrió a finales de los años sesenta con la entrada masiva de la influencia marxista entre los estudiantes de antropología, bien sea en la Universidad Nacional, en la del Cauca, en la de Antioquia, o en la de los Andes, que son las cuatro escuelas que se fundaron entre 1965 y 1968. Los pioneros que trabajaron en los departamentos de esas universidades debieron sufrir (subrayemos ese verbo) las críticas y presiones de los movimientos estudiantiles que tenían una influencia completamente nueva extra-antropológica, como lo era el marxismo. Esa sería la primera inyección que nos llega de pensadores de América Latina, porque leíamos a marxistas latinoamericanos, como los de la teoría del desarrollo, que fue una creación latinoamericana. De ahí yo diría que comienza una diversificación respecto a las teorías metropolitanas.

Luego se produce lentamente una masificación de la antropología. De estos primeros cuatro departamentos de antropología se genera un número importante de egresados y empieza otra fase: la llamaría inserción institucional de la antropología universitaria. Se vuelve una voz en el sistema universitario de los años setenta, fuertemente marcada por la crítica marxista. Inclusive, una corriente, a la que una vez hoy día un poco excesiva, que se centraba con mucho facilismo en criticar a toda la antropología como una hija del colonialismo y el imperialismo. Por ejemplo, nuestras

clases (desafortunadamente no tengo los programas con los que empecé a dar clases en la Nacional) eran 90% marxismo y crítica a la antropología como colonialismo. En esos años leíamos autores como Maurice Godelier, que asumían críticas desde el punto de vista marxista.

—¿Cómo influyó en la investigación antropológica en Colombia?

—Se hacía muy poca investigación.

—¿Muy poco trabajo de campo?

—Los pocos que hacían investigación hacían todos trabajo de campo; la investigación de campo había sido el fuerte del grupo que fundó la antropología en Colombia, como Luis Duque Gómez en el área de la arqueología, Gerardo Reichel-Dolmatoff y Alicia Dussán en antropología social, los esposos Pineda: Virginia Gutiérrez y Roberto Pineda, Segundo Bernal, Milcíades Chaves, ... todos ellos eran grandes trabajadores de campo. Para ellos hacer trabajo de campo largo y prolongado era parte de su quehacer. Y para nosotros ya no tuvo la misma importancia. Entre otras cosas, porque para los pioneros hacer trabajo de campo en las poblaciones indígenas era urgente, porque pensaban que iban a desaparecer muy pronto. Para nosotros, que no creíamos en el paradigma funcionalista ni en el culturalista, el trabajo de campo estaba asociado a esas corrientes y en general eran temporadas breves, de algunos meses. Además, no teníamos financiación.

Hubo unos años, diría entre los setenta y mitad de los ochenta, cuando se hacía poca investigación, algún colega lo ha llamado antropología del debate. Le pongo un ejemplo: uno de los agentes imperiales que más combatíamos era el Instituto Lingüístico de Verano, una agencia de un grupo de religiosos norteamericanos que, a través de un convenio con el gobierno de Colombia, pudo entrar a las «tribus» indígenas del país a catequizarlos, a través de la traducción de la Biblia a sus lenguas. Uno de los enemigos en el horizonte era combatir ese instituto. ¿Qué hacíamos? Asambleas, reuniones, panfletos, escritos de denuncia en mimeógrafos. Era una antropología de debatir los aspectos que considerábamos co-

loniales de la antropología y sus agentes, por ejemplo, el Estado y su política indigenista.

En los años setenta aparecen las organizaciones indígenas en Colombia. Inmediatamente un grupo de nosotros se matriculó con ellos creando el Comité de Apoyo de las Luchas Indígenas y nuestro tiempo como docentes lo dividíamos entre preparar nuestras clases, que como dije eran con un acento marxista, y militábamos en este comité, de donde vino la necesidad de conocer a otros antropólogos de América Latina que trabajaban en esto. Empezamos a leer a críticos del pensamiento antropológico que hablaban del tema indígena en la región, como Guillermo Bonfil Batalla y, en el caso de Brasil, a Roberto Cardoso de Oliveira y Darcy Ribeiro; ellos representaban los grandes paradigmas de esa crítica. Por ahí fue que comenzó a calar América Latina.

—*Además de leerlos, ¿comenzaron a intercambiar entre ustedes?*

—Exacto. Le doy un ejemplo de intercambio: Guillermo Bonfil fue el invitado central para el Primer Congreso de Antropología que se hizo en 1978 en Colombia, realizado en la ciudad de Popayán por su Departamento de Antropología, que era joven. Fue organizado por Edgardo Cayón, compañero de estudio en los Andes y por entonces directivo de la Universidad del Cauca. Había tanta gente por oírlo, en una época que no teníamos las tecnologías de la comunicación de ahora, que se armó un alboroto de todos procurando entrar a oír a Bonfil. Por ahí empezamos a tener intercambios. Comprendamos que hoy día el intercambio es muy fácil: mandas una ponencia, una comunicación, pero en ese tiempo no había *e-mail*, el internet no existía en nuestras universidades, incluso el intercambio mismo de publicaciones se hacía sumamente difícil. No había postgrados en Colombia, no solo en antropología, sino en ciencias sociales, solamente uno en filosofía. Las personas que empezaron a interesarse en hacer postgrados tenían que irse afuera, muchos fueron a México, y ahí cobra fuerza la influencia de lecturas e intercambios con antropólogos, historiadores y sociólogos mexicanos.

Con las dictaduras en el cono sur, llegan a varios de nuestros países (no a Colombia) refugiados de Argentina, Chile, Brasil.

En el caso de la antropología, muchos brasileiros se van a México, como Roberto Cardoso de Oliveira, por ejemplo, y empiezan a hacer un activismo muy fuerte en pro del tema de la identidad, la igualdad y la lucha de la recuperación de derechos de las poblaciones indígenas. Emprenden acciones importantes, como la reunión que dio lugar a la Declaración de Barbados, en 1971, que fue un gran encuentro de antropólogos de América Latina en esa isla del Caribe. De Colombia fue Víctor Daniel Bonilla, un periodista que era antropólogo en la práctica; de Venezuela estuvo Nelly Arvelo; de Perú Stefano Varese; de Brasil Roberto Cardoso; de México Bonfil Batalla. Ya comienza a existir una comunidad de intereses entre nosotros, antropólogos en América Latina, con un punto de vista propio, porque en el resto de la academia norteamericana nadie estaba hablando del movimiento indígena ni de la política de la etnicidad. Quiero subrayar esto, ya que es una creación que a veces no la resaltamos lo suficiente: toda esa política de la indianidad, por darle un nombre ahora, fue una especificidad de nuestra práctica antropológica y le invertíamos mucho tiempo. Yo empecé a publicar sobre el tema de minorías étnicas y política de la etnicidad a mitad en los años ochenta, mi libro *Estado y minorías étnicas en Colombia* salió en 1985. Hablamos de una antropología del debate de la situación subordinada de los pueblos indígenas, que nos conectaba como latinoamericanos.

—¿Ese tipo de antropología no quedó registrada?

—Muy poco, porque en Colombia estaba en comunicados, mimeógrafos, pancartas, papelitos. En México Bonfil Batalla y en Brasil Roberto Cardoso de Oliveira y Darcy Ribeiro produjeron sus análisis. Stefano Varese lo hizo en Perú. Aquí habría que hacer una arqueología de esa forma politizada de comunicación. Era una antropología que hablaba mucho, pero escribía poco. Usted tiene razón: hay muy poco escrito entre los años setenta y casi el final de los ochenta. Podríamos decir que es una producción escrita muy incipiente, pequeña. En el Comité de Apoyo de los Indígenas en la Nacional, donde yo compartía con el profesor Luis Guillermo Vasco mi simpatía por el movimiento indígena, divulgábamos las



denuncias y el programa. Éramos más promotores que estudiosos de ese movimiento, nuestra energía estaba muy dirigida a ser su soporte.

Debo resaltar que, paralelo al movimiento indígena, se encontraba en auge en la década de los setenta el movimiento campesino, porque son los años en que se vive una fuerte movilización campesina en el país, que después fue golpeada, perseguida, segregada, y se vino a menos; pero en la década del setenta y comienzo del ochenta estaba el auge de ese movimiento. Hubo varios antropólogos que hacían parte activa para apoyar también al movimiento campesino. Escritos, pocos.

—*¿Cuándo habla de indígena y campesino en Colombia sería lo mismo?*

—El movimiento social de los años setenta se genera en pro de tierras y la reforma agraria, que era una política del Estado reformista, que intentó instalarse e hizo importantes avances, pero luego fue frenada. Devino una ley más restrictiva, con menos derechos y persecución activa a las invasiones de tierras. En dichas invasiones de tierras participaban por igual indígenas (en el caso del Cauca y las llanuras del Caribe es clarísimo) y campesinos no indígenas quienes habían sido colonizadores de las tierras. En determinado momento, dentro del movimiento campesino de reivindicación del derecho a la tierra, porque ese era el gran lema en América Latina: la tierra para quien la trabaja, los indígenas, sobre todo los misak, entonces llamados guambiano, los arhuacos de la sierra Nevada de Santa Marta y los nasa o paes del Cauca, decidieron que no se sentían bien representados dentro de toda la organización del movimiento campesino y empiezan a crear sus propias organizaciones. Tuvieron apoyo de no indígenas, como Víctor Daniel Bonilla y Orlando Fals Borda (los que se me vienen a la cabeza) y claro, de nuestro Comité de Apoyo de las Luchas Indígenas. De ahí nacen las organizaciones indígenas, estas son hijas del movimiento campesino, pero reclaman la identidad étnica y la diferencia cultural como parte de una política étnica particular.

## LA ANSIEDAD DE LOGRAR EL IMPACTO SOCIAL EN LAS COMUNIDADES

Para Myriam Jimeno, las antropologías latinoamericanas llevan un sello de origen: su hermandad con los movimientos sociales, el acompañamiento en las luchas por las reivindicaciones de sectores marginados que, en una época, fueron los movimientos indígenas y, en la actualidad, se enfocan en las poblaciones pobres y excluidas. No obstante, han cambiado los sujetos de estudio, los intereses de investigación y los campos para ejercer la antropología, como nos lo revela en esta parte de la entrevista.

—*¿Se puede sentir alguna diferencia entre lo que se hace hoy y lo que hacían ustedes en aquellas épocas?*

—Primero, es muy diferente tener un pequeño gremio de cuatro universidades con programas de antropología donde se podía tener, en el mejor de los momentos, quinientos estudiantes de antropología y trescientos profesionales; ahora se cuenta con once escuelas abiertas con la promesa de que va a haber otras tres más, y tres mil quinientos estudiantes de pregrado en antropología. La densidad sí cambia las condiciones del quehacer, y la inserción social de la profesión obviamente es otra.

El segundo rasgo es que tardíamente en Colombia afianzamos programas de postgrado. En aquella época era una antropología cuyo máximo nivel de formación llegaba al cuarto año de la carrera de pregrado y muy pocos hacíamos postgrado. ¿Qué hay hoy? Si tú no haces postgrado prácticamente no puedes trabajar, no existes no solo social sino laboralmente. Ahora los antropólogos están mucho más cualificados de lo que nosotros estuvimos en nuestro momento. Es una magnitud diferente, una cualificación diferente, una inserción en el mundo que nosotros no sospechábamos. Hoy día los muchachos se comunican con el mundo, nosotros éramos más naciocéntricos, digo yo usando la categoría de Norbert Elías.

También cambian los sujetos de estudio, que se desplazan de los indígenas a conquistar todos los campos posibles de la actividad humana, y, ahora dicen, de los no humanos. En este XVII Con-

greso de Antropología los simposios sobre indígenas son una o dos rarezas. Además, la hegemonía marxista desaparece, se diversifica y quienes tienen una orientación de un paradigma marxista son una minoría especializada, como quienes trabajamos lo indígena. La antropología se vuelve políticamente más amorfa, indefinida y diversificada.

*—Hay muchas críticas a ese movimiento de antropólogos indigenistas, Eduardo Restrepo lo llama indianidad, pero según lo que nos cuenta ha sido un movimiento importante en la región.*

—Yo no lo critico, me aparto de Eduardo Restrepo radicalmente, porque creo que los pueblos o los grupos sociales, como las minorías sexuales o de género, tienen la necesidad y la posibilidad de aspirar al reconocimiento y a la justicia social. Eso me parece absolutamente legítimo, de manera que esos movimientos de política de la indianidad, de la identidad y la reafirmación de las diferencias culturales, le aportaron al país en cambiar el esquema mental de referencia, que era abiertamente racista, católico y castellanizante. No hablamos de un abstracto, sino de un logro conquistado que, como todo logro, siempre es parcial. Las mujeres lo sabemos: tú logras el derecho al voto, pero luego vienen otras luchas para alcanzar otros nuevos logros.

Esas minorías, que forman parte del movimiento de justicia social, han conquistado una nueva cara del Estado y de la nación, pero también han mejorado su condición de vida, el acceso a las tierras, a su educación y lengua propia, lo que es incluso documentable y supone mejorar la calidad y la dignidad de la vida. ¿Qué ya están en una condición de igualdad y se acabó la opresión? Pues no, pero mejoraron su condición de vida, lo que es demostrable en lo material y en lo conceptual-ideológico de la imagen nacional. En eso tengo otra postura.

*—Hubo un debate dentro del XVII Congreso de Antropología de Colombia relacionado con el tema de la antropología antirracista. Me pareció contradictorio que se hablara de una antropología antirracista como si hubiese una antropología racista.*

—En Colombia yo no conozco que haya habido una antropología racista, no comparto esta idea. No la vi nunca ejercida sino al revés: fui educada en la Universidad de los Andes con la influencia de Gerardo Reichel-Dolmatoff, con una idea del respeto por la diversidad cultural, del valor intrínseco de las culturas humanas, de la necesidad de dignificarlas. Yo, que conocí a todos los fundadores y fui alumna de varios de ellos, nunca vi, ni de forma velada ni directa ni indirecta, expresiones racistas en el sentido de rechazar, disminuir o señalar minorías. Otro asunto es que asumieran la antropología de una manera que nosotros les criticábamos: no militante, sino como una postura ideológica académica.

«Todas las culturas son iguales», «existe el relativismo cultural», «nosotros somos una expresión occidental que es tan valiosa como las amazónicas», se lo oí decir millones de veces a Gerardo Reichel-Dolmatoff, así como exaltar la filosofía indígena hasta un punto un poco excesivo, como sabiduría o creatividad indígena; pero no lo llevaban más allá. ¿Qué hicimos nosotros? Lo llevamos más allá: no a una idea, sino a personas que están reclamando tierras, exigen respeto a sus prácticas culturales, justicia, no en los libros sino en la práctica. Esa fue la ruptura, porque fue una ruptura que llevó a varios de ellos a salirse de las universidades. No conozco ese racismo, no sé de qué están hablando,

—*Cardoso de Oliveira plantea estilos de antropología, ¿cuáles cree usted que son esas particularidades que definirían un estilo de antropología en Colombia?*

—He escrito algunos artículos con base en esa influencia de Roberto, quien fue mi director de tesis doctoral en la Universidad de Brasilia a final de los noventa. Yo ya venía leyéndolo y simpatizando con él en la creación de una organización de comunicación entre antropólogos en América Latina, porque Roberto fue el inspirador de la Asociación Latinoamericana de Antropología (ALA), el principal diría yo. Lo apoyaba Bonfil, pero él me convenció de meterme en esa asociación, por ejemplo, y ayudar a hacer los primeros estatutos. Me persuadió de que no me fuera a hacer un doctorado



en Estados Unidos, sino que fuera a Brasil. Él era un activista del latinoamericanismo, en el mejor de los sentidos.

Roberto afirmaba que, si bien puede haber un sujeto de conocimiento universal de la antropología en el sentido de las prácticas humanas, lo que hacíamos en América Latina tenía una particularidad. Él me inspiró la idea del investigador ciudadano, porque afirmaba que había un estilo en el que nosotros compartíamos preocupaciones particulares. Él había acuñado el concepto de fricción interétnica para hablar de la tensión que había entre pueblos indígenas y nación blanca, de manera que Roberto en varios artículos, que yo cito en esos trabajos, enfatizaba que compartíamos un estilo propio porque los problemas de nuestro entorno nos afectan de una manera particular, modelan nuestra práctica. Entonces yo eso lo radicalicé para proponer el concepto de investigador ciudadano. Él sí pensaba que era nuestra señal, nuestro rasgo de estilo.

—¿En Colombia eso se vio reflejado?

—Pero enorme. En Colombia tenemos, y han pasado tantos años y volvemos a oír lo mismo, una ansiedad permanente con hacer una práctica que impacte la injusticia social y la desigualdad social. Es obsesiva y angustiosa. Aquí usted no puede ir a ningún simposio donde ese tema de alguna manera no salga a relucir relacionado con las minorías de género, identidades sexuales, la condición étnica, racial. Es una obsesión local impactar de una manera visible, porque todo es insuficiente ante la condición de opresión o desigualdad. No solo continúa como una preocupación, sino que a veces tiene efectos de desalentar a los más jóvenes, de generar una angustia y una presión particular, porque usted no va a una comunidad y le cambia la condición de vida por más que quiera, sea que quede en un barrio urbano pobre o donde sea. Quienes ya hemos recorrido el camino conocemos los límites de nuestras acciones individuales. Es un sello permanente, reiterativo, obsesivo de la antropología, pues eso: una antropología no racista es otra manera de la misma obsesión.

—¿Qué implica esto en el ejercicio antropológico que nos diferencie de un antropólogo de Estados, Francia o Inglaterra?

—La antropología en todo el mundo se fue diversificando en énfasis y tópicos múltiples; aquí hay dos maneras de practicar la antropología. Una se centra en el entrenamiento de la antropología como una disciplina, así la ejerces en la investigación y la docencia, enseñas el pensamiento, la metodología, los énfasis y lo pones en práctica en la investigación. Hay otra: la antropología como oficio de los funcionarios y en Colombia eso ha sido tempranamente establecido, o sea, las agencias del Estado y luego las organizaciones privadas, que se llaman ONG, han sido desde los años ochenta un campo mayoritario de desempeño de los antropólogos. Estos no hacen ejercicio disciplinar sino ejercicio en la práctica del oficio. Llamémoslo, para darle un simplismo, antropología aplicada, porque tiene que aplicarse a los programas y políticas de salud, educación, a los de tierra, justicia, etcétera.

En el campo que tú quieras encuentras antropólogos. Lo que domina el ejercicio laboral es esa forma de antropología aplicada a programas y sectores sociales específicos. Si bien existe también en otros países de América Latina y del mundo, no es tan fuerte como aquí: si alguien hiciese un censo de antropólogos titulados yo diría que 80%, o quizás más, trabaja en eso y solo un porcentaje menor en investigación básica y docencia. Esas dos vertientes tienen orientaciones muy distintas.

Este XVII Congreso de Antropología de Colombia reflejó la necesidad de empezar a reflexionar seriamente los retos que tiene esa gente que no son los que tenemos los profesores universitarios; no solo retos metodológicos o conceptuales. Cuando vives en el afán de la asesoría de tener que entregar un informe, por ejemplo, la temporalidad y la manera como investigas es completamente diferente a cuando vas tres años a Kite Kiwe, como fuimos nosotros. Es otro horizonte, pero también tiene dilemas morales y políticos que hay que resolver, en este congreso sí hubo algunos espacios para que se dialogara sobre eso. Me parece que es un distintivo fuerte.

## UNA BITÁCORA PARA TRAZAR LOS RETOS DE LA ALA

Para Myriam Jimeno la importancia de la organización de las comunidades antropológicas latinoamericanas pasa por el debate para la definición de los principios ético-políticos que orienten una antropología con compromiso social, que quienes la ejerzan sepan qué hacer ante situaciones de explotación, exclusión, dominación y vulneración de derechos de unos grupos sociales sobre otros, para, como nos dice en esta parte de la entrevista, no perder el «norte ético» o sur político.

—*Usted formó parte de esos fundadores de la ALA, como lo reflejan sus actas. La ALA estuvo muy activa en sus primeros años hasta 1993 y luego entró en un letargo, pero se viene reactivando cuando se nombra como presidente a Eduardo Restrepo en el año 2015. ¿Qué piensa usted de esta reactivación y qué recomendaciones nos daría?*

—Sigo pensando que la ALA es muy importante. En el año 2015, durante el V Congreso de la ALA en México, participé en las reuniones y asambleas porque sigo creyendo en este proyecto. En ese momento cuando creamos la ALA, una de las razones para formar una organización era comunicarnos entre nosotros, saber qué ideas nos preocupaban y qué producíamos, hoy día eso está suplido por la tecnología de comunicación, pero para identificar peligros, retos, causas comunes, es indispensable tener una organización.

Ustedes hablaban en el foro de la ALA<sup>1</sup> sobre una serie de retos para las antropologías latinoamericanas, como la ola que viene desde los años 2014 y 2015 de depreciación o desmérito de las ciencias sociales, que es muy fuerte. Uno puede ver ejemplos de esto desde Japón y Estados Unidos, hasta con Bolsonaro en Brasil. Es un peligro real, porque no solamente persigue a personas: si les

---

1 Conversatorio *Los retos de las antropologías latinoamericanas*, organizado por la ALA en el XVII Congreso de Antropología en Colombia. Se puede leer en el enlace de la revista *Plural. Antropologías desde América Latina y del Caribe*, Vol. 2, Nro. 4 (julio-diciembre de 2019): <https://asociacionlatinoamericanadeantropologia.net/revistas/index.php/plural/article/view/107>

quitas los recursos a las ciencias sociales no puedes trabajar. También está el ascenso del racismo, que se creía completamente superado, y el ascenso de formas fanáticas de acción en el mundo, sean de tipo nazi o de fundamentalismos religiosos. Es sorprendente que resurjan, porque creíamos que en el mundo había pasado el tiempo de esos extremismos. Tenemos amenazas particulares en nuestros países para grupos sociales específicos, por ejemplo, en Colombia existen olas de asesinatos de personas pertenecientes a minorías de identidad sexual y líderes comunitarios.

La ALA nos fortalece como comunidad. Fíjese que los brasileños tienen una poderosísima organización, la Asociación Brasileira de Antropología (ABA), y ahora trata de frenar las medidas de Bolsonaro que atentan contra la asignación de tierras indígenas; porque son miles y miles de hectáreas de los indígenas logradas por su movimiento, apoyado por la experticia de los antropólogos, y ahora hay una ofensiva hacendil y política en su contra. ¿Quiénes se movilizan? No solo los movimientos sociales de base, sino la comunidad antropológica organizada. La organización es un elemento central, yo sí creo en ella, ya no tanto para conocernos, pero sí para ponernos de acuerdo en los grandísimos retos que se nos aparecen.

—¿Qué podría hacer la ALA frente a estos retos que se creían superados: ese retorno de situaciones que propician matanzas y violación de derechos humanos?

—En las organizaciones hay el reto de superar la demanda de la coyuntura, en la cual es muy importante la presencia de una organización como ALA. Coyunturas como la del Brasil o de Colombia, para poner los ejemplos más fuertes, se vuelve necesario responder a la coyuntura.

—¿Responder a las emergencias o urgencias de nuestros países?

—Sí, responder a la emergencia. Creo que la ALA puede trabajar en un plano formativo a más largo plazo, en consolidar unos principios éticos, que no sería instaurar un manual, pero sí en auspiciar a través de su gestión y acción una ética común a nosotros los antropólogos para no dejar avanzar esa ola nueva que amenaza



con echar al traste derechos que creíamos que ya estaban seguros. Yo creo que sí puede afianzar unos principios éticos con los cuales los antropólogos nos comprometamos, porque eso ayuda a orientar a las personas que, por razones de su trabajo, se encuentran con el dilema: yo apoyo la demanda indígena en pro de esta tierra o voy a hacerme el loco.

Pongo un ejemplo de una joven que intervino en el simposio donde yo estaba, quien narraba que recién egresada se fue a trabajar a una zona de la Amazonia colombiana con la entidad de protección de familia, que acá se llama Bienestar Familiar, y contaba que se desorientó mucho porque encontró muchos casos de violencia intrafamiliar y sexual dentro las propias comunidades, cosa que sabemos que existe. Ella no sabía muy bien cómo proceder o qué hacer, porque llevaba la imagen idealizada de los antropólogos de las comunidades indígenas y, ante esa flagrante violación de derechos básicos de mujeres dentro de las comunidades, no sabía cómo actuar. Esos principios, por ejemplo, ayudarían a determinadas personas a orientar, porque sabemos muy bien que la antropología no solo es un conjunto de técnicas, teorías y métodos, sino también principios éticos y morales.

—*Es difícil para un recién egresado o egresada en antropología conseguirse con esas realidades y que no las pueda modificar, ¿qué le diría?*

—Sí, además se paralizan frente a eso. Yo no comenté nada en ese momento, pero ¿qué le diría? Le diría que se asuma no simplemente como una experta funcionaria de una agencia particular del Estado, sino que asuma la dimensión ético-política de su rol y que este rol le permita tener un juicio, que no solo sea el juicio experto para constatar, describir y ver cómo lo narra («sí, compruebo que existen estas violaciones a muchachas» u «ocurren estos abusos de los hombres contra las mujeres»), sino cuál es mi posición ética frente a eso. Yo sí creo que tenía (aunque no lo dije) la obligación de actuar en contra de esas realidades que dañan a personas, a sujetos humanos, y que es inadmisibles, no importa si el agresor se llama tucano o Pablo Pérez. Eso me parece que es perder el norte ético. Me encuentro convencida de que lo tuvimos claro los antropólogos

de los setenta y ochenta cuando nos dijimos: «vamos a optar por el movimiento campesino e indígena», ahora lo tienen menos claro, porque oí varias intervenciones de ese tipo.

—*¿Cuáles serían los temas más comunes que aborda la antropología colombiana?*

—Así me lo puso difícil. No le podría decir a priori, porque si yo leo el programa de este congreso (porque los congresos de antropología son muestras representativas de lo que se trabaja, no me cabe la menor duda) y los de los otros dos anteriores (en Bogotá y Cali) para saber cuáles son las temáticas, le podría responder con seriedad. De resto lo que veo es tal cantidad de sujetos y temas que no me atrevo a aseverar en qué estamos. ¿Le puedo decir que se hace sobre todo antropología urbana en el sentido de que son poblaciones urbanas los grandes sujetos? Con absoluta seguridad puedo afirmar que sobre todo se trabaja con condiciones de vida urbana de distintos tipos de sectores. El estudio de poblaciones indígenas también le puedo decir que es minoritario, de unos cuantos especialistas en el tema.

—*¿En serio hay tan pocos antropólogos estudiando a las comunidades indígenas?*

—Total. En los tres últimos congresos hay uno o dos simposios en ese tema entre veinte o más de otros tópicos y está bien, fue colocado como un tema de especialistas. En este XVII Congreso de Antropología veo un resurgimiento del tema campesino, rural, de movimientos campesinos, por la coyuntura de la necesidad de una política agraria nueva para asentar el proceso de paz. Hay una emergencia, como dijiste, de plantear de nuevo una política agraria en Colombia que empodere a poblaciones que no tienen acceso a bienes sociales y que viven en condiciones de pobreza, y eso me parece que emerge como objeto de discusión. La paz es obvio que esté atravesando muchos de los simposios, donde se encuentran presentes los retos, los dilemas, los problemas y las posibilidades de actuar, de poder aclimatar unas condiciones de reconciliación. En los últimos tres años, se han hecho mucho más fuertes los temas de la paz, el conflicto, la violencia.

—*Esteban Krotz ha planteado hacer una antropología de las antropologías latinoamericanas para saber cómo nuestras antropologías han contribuido a la tradición, llamémosla universal, de la disciplina. Si afirmáramos esto, ¿qué podría ofrecer la antropología colombiana a las antropologías de países hermanos y a la tradición de la antropología en el mundo?*

—Es una gran pregunta. Diría que la antropología latinoamericana hizo una contribución que no se le ha reconocido suficientemente: tratar de conceptualizar el lugar de los pueblos amerindios en el conjunto de las naciones latinoamericanas. Es una contribución importante que tiene corrientes distintas: desde las que trabajaban por la asimilación a la nación, hasta aquellas de reivindicación de la particularidad étnica, a la cual me adscribo. Todas han dado conceptos y teorías, en particular el de indigenismo. El indigenismo, acuñado en México, es un concepto particular y una contribución para mí insuficientemente valorada por la antropología del norte. Se trata de una contribución temprana a la comprensión de las relaciones de poder y dominio internas a los estados nacionales y cuando la diferencia se torna desigualdad. Alcida Ramos, en Brasil, toma el concepto y le da mayor densidad y proyección, como una forma del orientalismo acuñado por Edward Said. Esta es una contribución específica.

Pienso que esa particularidad y esa afinidad en América Latina con los movimientos sociales, que ahora son muchos, no solo los étnicos sino los de género y los cercanos a la noción de raza, siguen siendo un gran plus, porque no solo producen acciones políticas, sino que producen pensamiento, formas de reflexión, conceptos. Creo que el investigador ciudadano, esa articulación entre práctica científica y conciencia social, que es una marca de estilo y un enfoque de método de trabajo, es una contribución general. Seguramente en este momento han emergido otros conceptos propios que no tengo tan claros, pero que son contribuciones que salen de esa proximidad con los movimientos sociales emergentes del momento.

—*Gustavo Lins Ribeiro plantea que las comunidades antropológicas latinoamericanas necesitamos ser menos localistas y naciocéntricas, convertirnos en antropólogos del mundo, ¿usted coincide con esa postura?*

—Yo le decía a Gustavo que él y su vida es un ejemplo transnacional. Me parece que esa es una opción y está muy bien. En el Brasil la auspician mucho y ahora apoyan a quiénes se van a Cabo Verde, a Timor del Este, y para hacer su tesis de postgrado viajan al África. Como dirían ellos, «*tudo bem*». Pero me parece que eso no va a lograr cambiar el acento naciocéntrico que tienen nuestras antropologías, no como un deber ser, sino como una condición que resulta de las preocupaciones que siempre nos están convocando. Eso hace que yo me preocupe más por el conflicto en Colombia que por lo que pasa en Angola.

—*¿Y si cambiaran las condiciones de vida de nuestros países?*

—De pronto, pero ni siquiera. Tú ves que dicen que en Estados Unidos han aumentado la pobreza y la marginación de sectores sociales y, si soy un antropólogo norteamericano, ¿me preocupo por eso o me preocupo por seguir estudiando Colombia, Brasil o Haití? No sé.

—*Pueden decir: para eso existe la sociología...*

No, porque la mirada del antropólogo es distinta a la del sociólogo.

—*Una última pregunta: China es posible que se convierta en la próxima potencia económica y ya está en proyecto la nueva ruta de la seda, existe otra posible potencia como India y Rusia, lo que redimensionaría la geopolítica mundial. En esos países también hay comunidades antropológicas y las han hecho ver lejanas...*

—Son lejanas política y culturalmente. ¿Cómo cambiar esa condición? En la práctica cultural hemos sido lejanos y tal vez las redes de comunicación tan activas del presente nos acerquen a ellos.



— ¿Es necesario hacer lazos, relaciones con esas antropologías que se están produciendo en esos otros países?

—Claro. Sí comparto con Gustavo Lins Ribeiro la idea de que es bueno saber qué hacen y cómo lo hacen en otras partes del mundo. No tengo idea de qué hacen los antropólogos rusos o chinos, me parece valiosísimo, porque todas son maneras de ensanchar la visión y conocer otras formas de aprehender o de enfocar fenómenos en que no habíamos pensado. En principio, los antropólogos, por formación, se supone que estamos abiertos a la variedad de la experiencia humana y eso incluye lo que hacen nuestros colegas en países donde hay antropología.



MYRIAM JIMENO (Bogotá, Colombia) es egresada como antropóloga de la Universidad Nacional de Colombia en 1971 y, dos años luego, ingresó como docente en la misma casa de estudio, donde actualmente ejerce como profesora emérita y donde ha desempeñado importantes cargos (directora del Departamento de Antropología, decana de la Facultad de Ciencias Humanas, vicerrectora general, vicerrectora académica, encargada de Rectoría). Se desempeña como investigadora del Centro de Estudios Sociales (CES) de esta misma institución. Cuenta con un sitio web donde se puede leer sobre sus líneas de investigación, se puede descargar su obra escrita, indagar sobre sus proyectos, reconocimientos y programas de cursos, invitamos a visitarla: <http://www.myriamjimeno.com/>

## LIBROS PUBLICADOS

La obra de Myriam Jimeno es prolija: cuenta con 12 libros (algunos como coautora), 22 capítulos de libros y un grupo significativo de artículos. Para quien desee acercarse a su obra enumeraremos algunos textos, en orden cronológico:

- *Estado y minorías étnicas en Colombia* (de Myriam Jimeno y Adolfo Triana Antorveza; Cuadernos del Jaguar y Fundación para las Comunidades Colombianas, 1985).

- *Chocó: Diversidad cultural y medio ambiente* (de Myriam Jimeno, María Lucía Sotomayor y Luz María Valderrama; Fondo FEN Colombia, 1995).
- *Las sombras arbitrarias: Violencia y autoridad en Colombia* (de Myriam Jimeno, Ismael Roldán, David Ospina, Luis Eduardo Jaramillo, Sonia Chaparro y John Trujillo; Edit. Universidad Nacional, 1996).
- *Violencia cotidiana en la sociedad rural: En una mano el pan y en la otra el rejo* (de Myriam Jimeno, Ismael Roldán, David Ospina, Luis Eduardo Jaramillo, Sonia Chaparro y John Trujillo; Edit. Universidad Nacional, 1998).
- *Etnografías contemporáneas: otros sujetos, otras aproximaciones en la labor antropológica* (eds. Myriam Jimeno, Andrés Góngora, Marco Martínez, Claudia Rivera y Manuel Rodríguez; Universidad Nacional de Colombia, 2003).
- *Crimen pasional: Contribución a una antropología de las emociones* (Universidad Nacional de Colombia, 2004).
- *Manes, mansitos y manazos: una metodología de trabajo sobre la violencia intrafamiliar y sexual* (de Myriam Jimeno, Andrés Góngora, Marco Martínez y Carlos José Suárez; Universidad Nacional de Colombia, 2007).
- *Etnografías contemporáneas: trabajo de campo* (eds. Myriam Jimeno, Sandra Liliana Murillo y Marco Julián Martínez; CES-Universidad Nacional de Colombia, 2012).
- *Juan Gregorio Palechor: The Story of my Life* (traducido por Andy Klatt, con contribución de Joanne Rappaport; Colección Narrating Native Histories, Duke University Press. Durham, 2014).
- *Después de la masacre: emociones y política en el Cauca indio* (ed. Myriam Jimeno, Daniel Varela y Ángela Castillo; Instituto Colombiano de Antropología e Historia-ICANH y CES-Universidad Nacional de Colombia, 2015).
- *Etnografías contemporáneas III: las narrativas en la investigación antropológica* (eds. Myriam Jimeno, Carolina Pabón, Daniel Varela e Ingrid Díaz; CES-Universidad Nacional de Colombia, 2016).
- *Cultura y violencia: hacia una ética social del reconocimiento* (CES-Universidad Nacional de Colombia, 2019).